

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXIII

¿Qué esperaría relatándome su triste historia? ¿Que le agradecería yo su franqueza, su cinismo, y que la conservaría por lo tanto á mi servicio? ¿Que una vez habiendo oído sus confidencias, no me atrevería á echarla á la calle? ¡Cómo se equivocaba! La echaría aun cuando el Barón de Virmeux no hubiese sido mi marido.

Pero lo era, se llamaba el Duque de X. ¿Debe bastarme, debo contentarme con echar de mi lado á la que lo mató?

Porque ya no puedo dudar: ella lo ha matado lentamente, cobardemente. Murió de vergüenza por haberla amado, de enervamiento por no haberla poseído, y tal vez, tal vez de deseo. Sí, el deseo que ella le había inspirado, y que sin duda conservó siempre. Se diría:

“Tal vez vuelva. Tal vez me envilezca de nuevo. Tal vez acabe por arruinar á mi mujer, y para eso, vale más morir.” Y se acostó para morir, con la esperanza de que la enfermedad, la fiebre bastarían para concluir con su agotado cuerpo; con la esperanza de apagarse dulcemente, sin estrépito, como había vivido, siendo siempre un caballero; con la esperanza de llevarse á la tumba el secreto que tanto guardaba. Pero la muerte no venía con la suficiente prisa, sobrevino el delirio, que exasperó su sufrimiento, la vergüenza, sus temores, y... se mató.

Eso, eso ha sido, y hoy, cuando el tiempo transcurrido ha calmado mi cólera para dar lugar solo á mi dolor, yo lo perdono: ha debido sufrir mucho, con el corazón que tenía. Ese corazón ha sido siempre mío, como ella adivinó. ¿Que no ha adivinado? Él para conmigo sólo es culpable de un momento de curiosidad insana, excusable acaso por lo mismo que toda su vida fué exageradamente juicioso. Lo interno de esa curiosidad se explica tan bien como ella lo ha explicado. ¿De qué me serviría ser tan inteligente como dicen, haber querido saberlo todo, cernerme por encima de lo vulgar, si conservase un criterio estre-

cho y una severidad exagerada, si me negara á comprender ciertas debilidades humanas, si no supiera perdonarlas?

Pero lo que no perdono es la astucia infame, la crueldad, el despojo... sí, el despojo, porque esa mujer ha robado un millón después de meditar friamente su crimen. Perdono el daño que me ha hecho; pero jamás el daño hecho á aquellos á quienes amo. No perdono... Pero eso no es más que una palabra vana, puesto que nada significa. ¿Qué le importa mi perdón? ¿Le sucederá algo porque yo se lo niegue? Bien se reirá ella de mi odio. ¿Qué puedo hacerle? ¿Cómo puedo mortificarla? Ha entrado á mi servicio, según ha dicho, para conocer lo que es una dama de la aristocracia. Pues tal vez ya lo conoce, y se irá tan satisfecha.

¡Cuando pienso que todavía no se ha marchado, que aun vive bajo el mismo techo en que él vivió tanto tiempo! ¡Él! ¡Qué pérdida, qué pérdida tan grande!

Llamo, mando que venga mi mayordomo y le doy órdenes acerca de Luisa Bauquet... Luego salgo. Tengo necesidad de respirar, de hacer ejercicio.

Durante dos paseos por el parque, cuando

vuelvo á mis habitaciones, mi cabeza continúa tan calenturienta y mi espíritu tan turbado como estaba antes.

Un paseo con otra persona cambia el curso de las ideas. Se ve una obligada á escuchar y á responder. Hasta las más frívolas vulgaridades ahuyentan la idea que nos atormenta. Á veces no podemos remediarlo, y confiamos nuestros secretos, nos desesperamos, lloramos, pedimos consejo, y amenudo, al regresar, nos sentimos tranquilos. Pero el paseo solitario no da ningún consuelo. El cerebro continúa sobreexcitado, las ideas siguen siendo las mismas. La fatiga del cuerpo no logra modificarlas. Pues qué, ¿el loco no camina sin cesar, no da vueltas continuamente por el mismo sitio, sin perder su idea fija? La mía la llevaba yo conmigo al salir á paseo, y conmigo volvió, absorbente, imperiosa: ¡vengar á mi marido!

Sin embargo, me disgusté mucho cuando supe que Luisa Bauquet estaba todavía en mi casa. Debía, por el contrario, haberme alegrado; si se iba, se me escapaba y no podía vengarme de ella.

—¿Por qué no habéis cumplido mis órdenes?—pregunté al mayordomo.

—Las he cumplido, señora Duquesa. Todo ha quedado arreglado con la señorita Bauquet; pero me ha hecho observar que el primer tren para París no sale hasta las doce de la noche, y ha pedido que se le permita esperar aquí la hora de irse.

—Ha podido esperarla en una fonda... ¡En fin!... ¿Está en su cuarto?

—Sí, señora Duquesa; creo que está haciendo el equipaje.

Comí á la hora de costumbre, ó mejor dicho, me senté á la mesa con el estómago tan metido en un puño como tenía el corazón. Luego volví á pasear por el parque, siempre perseguida por la misma idea fija.

Á eso de las ocho y media, ya volvía yo hacia mis habitaciones, cuando al entrar en una alameda, vi de pronto á Luisa Bauquet. Se acercó á mí muy rápidamente. Quise volver atrás, huir, pero ella me alcanzó.

—Por Dios, señora Duquesa, escuchadme.

Aquella aparición, en medio de la oscuridad de la noche, aquel paso rápido, aquella voz entrecortada, me asustaron un poco. No quise que conociera mi miedo, y le dije:

—¿Qué deseáis?

—Quiero, señora, suplicaros que no me

echéis á la calle inmediatamente. No es justo hacerlo. ¡No, no es justo! ¿Qué falta he cometido para eso? Parecía que deseabais conocer mi vida; os la he dicho francamente, sin mentiras, sin reticencias. Fácil me hubiera sido retratarme mejor de lo que soy, presentarme bajo otro aspecto, ocultaros muchas cosas que el propio Sr. de Blazac no ha podido decir, porque no las sabe. Y no he querido hacerlo. Mi confesión ha sido completa...

—Porque os vanagloriais de ella—dije interrumpiéndola con voz tan entrecortada y nerviosa como la suya.—Creisteis deshonrarme con el relato de vuestras hazañas, obligarme á admirar vuestra habilidad, vuestra perversión, vuestra experiencia de los hombres, las ventajas que de ella pueden ser sacadas, hasta dónde puede llevarseles: ¡hasta la desesperación, hasta la locura, y la muerte!

—No: he confesado mis faltas para haceros comprender al mismo tiempo mi deseo de expiarlas.

—Expiadlas, si la conciencia os lo exige, pero lejos de mi casa. Ésta no es un asilo de cortesanías arrepentidas. Volved á la de la se-

ñora de La Bére. Paréceme que las dos estáis hechas para comprenderos.

Melinita levantó bruscamente la cabeza y:

—¡Hechas para comprendernos! —exclamó.—¡Luego lo habéis entendido!

—¿Entendido, qué?

—Que nos habíamos amado.

—¿No me lo habéis dicho?

—No, no me atreví.

—¿Qué tiene eso de particular? Habéis sido su doncella; pero vuestro millón os igualó, y acaso la amistad ha reemplazado al respeto.

—¡Oh! La amistad entre mujeres es muy rara. Sólo el amor puede existir.

—¡El amor! Pues qué, ¿una mujer puede enamorarse de otra? Decididamente, estáis loca.

Había yo pronunciado estas palabras sin darles gran importancia, sin creer en su locura, y sin emlarlo, después de haberlas dicho, retrocedí asustada: sus ojos brillaban en la oscuridad, que en aquel momento era completa; me miraba fijamente, con la cabeza y el busto inclinados hacia mí, con el pecho oprimido, jadeante.

Quise huir. Ella me cogió las manos, las estrechó nerviosamente y me retuvo en el mis-

mo sitio. Luego, acercándoseme todavía mucho más, hablándome al oído, caldeándome con su aliento:

—No, no estoy loca. ¿Por qué no se ha de enamorar una mujer de otra? ¿Por qué ha de tener el hombre sólo el privilegio de ser amado por nosotras? ¿Vale más ni tanto como la mujer? ¿Es capaz de entregarse, de sacrificarse, de inmolarse como ella? Cuando se trata de satisfacer su capricho, su fantasía, su materialidad, palabras muy bellas ó dinero Cuidados, atenciones, el deseo constante de agradar, de buscar todo lo que puede satisfacer, de evitar una molestia, un dolor, de sufrir en lugar nuestro, de morir, si es preciso: eso no lo hace él, ¡jamás! ¡Es demasiado personal, demasiado egoísta para esas cosas! Todo lo que hacemos, se le antoja que lo merece. En su concepto, nada le damos: no hacemos más que pagarle su tributo. Se cree nuestro rey, el rey de la creación. ¡Pobre amo! Verdaderamente no reina más que cuando nosotras queremos, cuando lo conducimos de la mano para evitar que resbale y caiga. ¿Ve los peligros del camino? No, no hace más que andar á ciegas. ¿Se ocupa en las molestias, en las dificultades de la vida cotidiana? No, eso es

cosa nuestra. Él se divierte ó trabaja para recoger flores por el camino, al que nosotras hemos quitado los abrojos... Y físicamente, ¿lleva alguna ventaja á la mujer? ¿Qué podemos esperar de él? Hijos, es decir, el deshonor y la vergüenza para algunas, y para todas el dolor. Cuanto al placer, ¡qué bagatela! Cuando joven, sólo piensa en él ó no piensa en nada. De más edad, alguna vez piensa en nosotras; pero no mucho más. No es culpa suya, porque sólo nos conoce superficialmente, como si dijéramos, de oídas. Sólo nosotras podemos conocernos bien.

Hice un nuevo esfuerzo para libertarme de sus puños nerviosos, pero no conseguí hacer que me soltase. Entonces exclamé:

—Dejadme, ó llamo.

—Llamad. ¿Qué me importa, si debo marcharme dentro de una hora? Vuestros criados no me echarán más ignominiosamente de lo que ya lo han hecho, pero antes que vengan os habré dicho por qué he entrado en vuestra casa, por qué me he hecho criada vuestra, esclava vuestra, por qué os ruego todavía que no me despidáis... Es que os amo como no he amado jamás... ¡Os adoro! ¡Oh! No os asustéis. Os encuentro la más hermosa de las cria-

turas de Dios. No sois una mujer, sois una diosa. Daría todo lo del mundo por besaros libremente los pies y las rodillas. Pero os adoro también por vuestro talento, vuestra inteligencia superior, vuestra virtud y hasta por vuestra frialdad y vuestros desdenes... No, no es amor lo que os tengo, sino adoración. Consentiría en servirlos toda la vida, sin tocaros, arrodillada á vuestros pies... Me moría de deseos de deciros todo esto, y jamás me he atrevido. Ya veis cuánto os respeto. Si os lo digo hoy, es porque he perdido la cabeza, porque me he vuelto loca; sí, loca, como decíais ahora mismo, á la idea de separarme de aquí, de no veros más, de no oiros, de no vivir á vuestro lado. ¡Tened compasión de mí! ¡Por Dios, tened compasión de mí! ¡No me echéis!

¡Luego era verdad! Ya no me estaba permitido dudar de esa cosa monstruosa, en la cual mi pensamiento no se había atrevido nunca á detenerse, á pesar de algunas frases sorprendidas, de algunos libros apenas hojeados y rechazados enseguida: ¡una mujer podría enamorarse de otra! ¡Y yo, yo inspiraba ese amor monstruoso, sacrílego!

Tal esfuerzo hice, que esta vez me despren-

dí de sus manos. Podía huir: ella no se atrevía ya á tocarme y permanecía inmóvil, silenciosa, encorvada bajo el peso de mi cólera, que no podía pasar inadvertida. Y sin embargo, no huí: una idea imposible, monstruosa también como su pasión, me había venido á las mientes. Procuré rechazarla, y no lo conseguí. Perseguida como había estado durante muchas horas por la misma idea fija: ¡vengarlo, vengarlo á él! Me había vuelto loca como ella... De pronto, acometida por la fiebre:

—¿Qué disteis al Barón de Virmeux—pregunté—á cambio de todo cuanto os dió?

—Nada.

—Entonces, cuando os llevaba veinte ó cincuenta mil francos, no hacía más que pagar vuestra hospitalidad algunas horas pasadas en vuestro hotel.

—Eso es. Pero no comprendo...

—Sí—continuó,—dos ó tres horas pasadas al lado de la señorita Melinita valían cincuenta mil francos. ¿Cuánto valdrían ocho días pasados junto á la Duquesa de X.?... Fijadlo vos misma, después de haceros bien cargo de la diferencia. Creo que salta á la vista que una mujer como yo debe ser más cara que una

como vos. ¿Sería mucha exigencia pedir cien mil francos?

—Cien mil francos... ¿Por qué?

—Por nada. Como con el Barón, puesto que acabáis de decirlo. La hospitalidad solamente. Os despedía sin concederos ocho días de estar aquí, y ahora os los concedo.

—¿De modo que volveré á ser vuestra doncella?

—Sí.

—¿Y cuando pasen los ocho días?

—Estaréis en libertad de marcharos, ó de entregar otros cien mil francos por otra semana, hasta el completo agotamiento del millón. Así podréis tirar hasta el invierno.

Ella se aproximó para verme, para leer en mis ojos si hablaba seriamente, ó si estaba burlándome. Pero la oscuridad era muy densa. Entonces me dijo:

—¿Sin duda deseáis esa cantidad para los pobres, señora?

—Eso no os importa... Vaciláis. Supongamos que nada he dicho.

—No vacilo. Acepto. Esta noche misma os entregaré cien mil francos en valores, señora Duquesa.

—¿Los tenéis aquí? ¿Viajáis con ellos?

—Es más prudente que dejarlos en París.

—Bien.

Me dirigí á la casa sin añadir una palabra y ella siguió á mi lado, silenciosa también. Vacilaba todavía, y lo comprendo. ¡Era duro separarse de una fortuna tan penosamente adquirida! Ciertamente sólo daba una parte de ella, la décima, y que esperaba que, una vez transcurrida la primera semana, se quedaría en mi casa sin hacer nuevos desembolsos. Acaso hasta creía que pronto, contagiada por su amor, comprendiéndola mejor, participando de él, le suplicaría que se quedara, y á mi vez le pagaría. ¿Cómo, si no, suponer que, en mi posición y con una fortuna, pensara seriamente en despojarla de la suya? Para razonar de otro modo, hubiera sido necesario conocer los lazos que me unían con el Barón de Virmeux, adivinar que sólo tenía un pensamiento: ¡vengarle, castigarle! Para empezar, y aguardando mejor ocasión, la empecé con su dinero, con su avaricia de mujer de vida alegre... Después ya vería yo, por qué no sólo había robado, sino que había matado también... y el Código castiga el asesinato con pena de muerte.

27 de Julio.

Á eso de las diez de la noche entró en mi alcoba, donde me había yo retirado á escribir las páginas que anteceden. Tenía en la mano un sobre bastante abultado, el cual me entregó.

—¿Qué es esto?

—Los cien mil francos.

—Dejadlos encima de la mesa y retiráos. Hasta mañana por la mañana no volveréis á vuestras tareas.

Ella se retiró sin contestar. La Melinita volvía á ser Luisa Bauquet.

Cuando estuve sola me dirigí á la chimenea, cogí el sobre y lo abrí. Eran, en efecto, los valores inscritos en mi carta de dote consignada en mi contrato matrimonial, la desaparición de los cuales había hecho observar mi notario. Volvían á mí ajados por la mano de aquella mujer pública, sucios por su contacto. ¡Oh! ¡Ya no ajaría, ya no ensuciaría nada más de lo que hubiera tocado mi marido! Estaba perdido para ella... Pero no lo estaría para todos los demás.

Al día siguiente por la mañana, hice que me llevase mi carruaje á la ciudad, á casa del que es mi médico cuando vivo en las Ruinas, el doctor Filliette, hombre de talento y muy amable, quien no sólo cura á los habitantes de Boloña, cuando están enfermos, sino que también se ocupa en sus intereses, los cuida, administrativamente hablando.

—¡Usted, Duquesa, en mi casa! ¿Por qué no me ha llamado?

—Porque no necesito al médico. Vengo á ver al Concejal del Ayuntamiento, á una de las autoridades de este pueblo.

—Autoridad bien modesta. ¿Qué puede hacer por la Duquesa de X...?

—Puede V., en primer lugar, querido doctor, darme algunos pormenores sobre la catástrofe del 14 de Octubre último. Debe estar aún bien presente en su memoria.

—¡Ya lo creo! Jamás se había visto otra tan terrible. Toda una escuadrilla de barcos pescadores tragada por el mar del Norte, entre las costas inglesas y las de Holanda.

—Boloña y el Portel fueron los pueblos que más sufrieron, ¿no es cierto?

—Sí, perdimos doce lanchas: seis de Boloña y seis de Portel.

—¿Cuántos marineros las tripulaban?

—Unos doscientos cincuenta: diez hombres en cada barca y dos grumetes. Nadie se salvó. El mar fué inexorable aquel día.

—¿De modo que quedarían muchas viudas y muchos huérfanos?

—¡Ay!

—¿Se ha logrado remediar su miseria?

—Bien poco, y sin V., señora, que tanto nos ayudó... Parece que lo ha olvidado.

—Dejemos lo pasado, amigo mío, por favor, y hablemos del porvenir. Un amigo me ha remitido cien mil francos para que los aplique á una buena obra. No podemos hacer otra mejor que socorrer á todas esas mujeres y á todos esos niños, y vengo á pedirle que les reparta esa cantidad. Pero le advierto que mi amigo desea conservar el incógnito.

—No nombraré, á V., señora Duquesa.

—Eso temía yo. ¡Cuánto se equivoca V.! Le juro que no entro ni salgo en esto, y que me causaría un [disgusto muy grande, pero muy grande, si pronunciase mi nombre.

—¡Va V. á ponerme en un apuro! Yo no puedo distribuir esa suma por mí mismo. Tengo que depositarla en nuestra caja de socorros y dar cuenta de ello al Alcalde y á mis

compañeros de corporación. Todo el mundo querrá saber de dónde procede tanta liberalidad.

—Entonces, si está absolutamente prohibido á mi amigo hacer el bien en secreto, decid su nombre. Se llama el Barón de Virmeux. Ya está V. satisfecho. En cambio, le pido me dé su palabra de honor de que no ha de sonar mi nombre para nada. Las viudas y los huérfanos de los náufragos querrán rezar por el Barón, y yo no merezco ir mezclada en esas oraciones.

—Le doy mi palabra, Duquesa.

—Gracias. Id á verme un día de éstos á las Ruinas. Tal vez tenga que daros otra cosa.

—¿También de parte de su amigo?

—También. Le están devolviendo poco á poco una gran suma que le estafaron, y como ya no contaba con ella, la distribuye entre los desgraciados.

Cuando salí de casa del doctor Filliette, volví al Portel y llamé á Luisa Bauquet. Como le había prometido, ha vuelto á su oficio de doncella mía.

LIBRERIA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXIV

27 Septiembre.

Otra interrupción en mi *Diario*: dos meses de silencio.

¿Por qué?

Los hechos, los acontecimientos me han faltado... No tenía nada interesante que consignar.

¿Es seria esta razón, es sincera esta respuesta? No escribo la historia de un tiempo, ni la historia de los demás. Escribo mi pequeña historia, mi vida, y es evidente que algunas temporadas tiene que ser algo uniforme y monótona. Pero antes, cuando no tenía sucesos que relatar, los reemplazaba con pensamientos: mis impresiones, mis sensaciones del día. ¿No habré experimentado nada, no habré sentido nada desde fines de Junio últi-

mo? No. Entonces, ¿de dónde procede mi silencio, por qué todas esas páginas en blanco?

Me atreveré á confesarlo: me ha faltado valor para hacer examen de conciencia. Temo encontrarme demasiado culpable y hallar que he cometido pecados demasiado graves; no de esos pecados materiales que saltan á la vista, que hacen subir el rubor al rostro, que acongojan el alma y que una desea confesarlos cuanto antes mejor, con la esperanza de calmar el remordimiento, de obtener la absolución; sino pecados de esos otros, latentes, pasivos, por decirlo así, de los cuales no es posible darse cuenta exacta hasta mucho tiempo después de haberlos cometido, cuando la imaginación, que es la verdadera culpable, está menos sobrecitada.

¡La imaginación! ¿Podía yo impedir que la mía se extraviara durante esos dos meses? Y cuando digo que ella es la única culpable, ¿tengo razón? ¿No debía yo prever que se extraviaría fatalmente y que dejaría yo de ser dueña de evitarlo? Mío era el deber de no lanzarme á una aventura descabellada, de no pensar en una venganza insensata. ¿Se porta así una mujer honrada? ¿Pueden absolverme el objeto que perseguía ó la idea que me guía-

ba? ¿Justifica el resultado obtenido los medios empleados para alcanzarlo?

Pero si he pecado con el pensamiento, si mi cabeza se ha caldeado en ciertos momentos, si la curiosidad ha sido algunas veces una obsesión, si tal vez el deseo... sí, debo confesarlo... el deseo, durante un segundo, me ha subido al cerebro, mi despertar ha sido inmediato, me he revuelto enseguida contra mí misma. La voluntad se ha impuesto á la imaginación.

¿Habría triunfado esta voluntad en otras condiciones? También debo preguntármelo y contestarme, aunque la pregunta sea indiscreta y la respuesta delicada. Precisaré, sin embargo: si en vez de encontrarme enfrente de una mujer á quien odiaba y de quien deseaba vengarme, hubiera tenido que habérmelas en los mismos sitios y por tanto tiempo con una mujer cualquiera, enloquecida del mismo modo; en una palabra, si Luisa Bauquet, en vez de ser Melinita, hubiera sido Luisa Bauquet nada más, ¿qué hubiese sucedido?

Esta pregunta es absurda y no puedo contestarla. Precisamente el tiempo transcurrido, la vida ociosa y enervante á que me he condenado, son las únicas cosas que hubieran

podido vencer mi voluntad y hacerme rendir, llevarme al envilecimiento, y no me habría yo expuesto jamás á tales peligros. Dicen que la mujer á quien nadie trata de seducir no tiene mérito ninguno en permanecer virtuosa. Error: si no es atacada, es porque todos saben que nada pueden contra ella, es que ha procurado con tiempo ponerse á cubierto de todo peligro, cumpliendo de ese modo su deber elemental de mujer honrada, el cual consiste en huir del enemigo, en no jugar con fuego. No hubiera yo ciertamente jugado ni con la hoguera que encendía á Luisa Bauquet, ni con el que pudiera latir disimuladamente dentro de mí, si mi idea de venganza no hubiera sido una verdadera obsesión.

¿Me he vengado bien? Creo que sí. En todo caso, he procurado hacerle sufrir todos los suplicios que había hecho pasar á mi marido. Le he aplicado la pena del tali6n en su grado máximo; pero introduciendo naturalmente algunas modificaciones forzosas. Se había atrevido á decirme que el Duque se quedaba á mitad de camino, porque se encontraba demasiado enervado, sin fuerzas para continuarlo. Yo, que tengo mejor opini6n de los nervios de las mujeres y que sé que resisten

á la fatiga, no le permitía á ella emprender la caminata.

Cuando comprendía que renunciando al camino derecho procuraría aventurarse por un atajo desconocido, tenía buen cuidado de vigilar á la entrada del sendero. Si alguna vez le ha sido permitido besar los pies de su ídolo, el ídolo se ha ocultado á sus miradas, cuando los besos iban á tomar el camino de los pies á las rodillas.

¿Y se ha satisfecho con esos goces, largo tiempo deseados, raros y tan pequeños? Sí, porque seguía esperando ir más allá, como lo esperaba el Bar6n de Virmeux. ¿Y por una satisfacci6n tan pequeña consentía en sacrificar todas las semanas una nueva parte de su fortuna? Sí, lo mismo que el Bar6n lo había hecho, por terquedad y por miedo á perder lo que ya tenía dado, segura de su victoria decisiva, enloquecida por una serie interminable de derrotas. Además diría siempre para sus adentros: "Cuando venza, mi mill6n volverá á mí de una sola vez, junto, aumentado por los intereses, tal vez aumentado en una mitad más."

Creía que aquel dinero estaba muy seguro en mi poder, y no podía ni sospechar siquie-

ra que poco á poco iba tomando el camino de Boloña, y que sin duda parte de él se lo había llevado muy lejos ya el hijo de algún náufrago.

Acaso no hiciese todos esos cálculos; tal vez la juzgo con demasiada severidad. Pero esta severidad se me impone, porque, si no la tuviera como una mujer despreciada, llegaría el momento de verme arrastrada, la compadecería y... ¿quién sabe? Parece que me ama tanto, y ese amor está tan desprovisto de todo mal pensamiento! Una amiga, una hermana, á pesar de su cariño, no llegarían jamás á esa absoluta adhesión, á esa inmolación de sí misma. La amistad sola es, pues, impotente para inspirar tales sentimientos. Se necesita que se le una el amor. Entonces, ¿por qué sublevarme contra su amor? ¡Ah! Ahora se ve, ahora se ve adónde iría á parar si soy indulgente, siquiera un momento, si olvido quién es ella y lo que ha hecho, cuando no me ocupo sino de realizar mis planes. Y para tenerlos siempre presentes, para huir el peligro de dejarme enternecer por su adhesión, de creer en su amor desinteresado é inmaterial, materializo ese amor, transformo en sensación el sentimiento, permito que se aumente ese

deseo odioso y contra la naturaleza de las cosas.

La pena del talión, con una variante. Me ha confesado que avivaba los deseos del Barón. ¿Cómo? Con caricias, sin duda. Yo no traspaso los límites de la coquetería, y con esto me basta. Coquetería de todas clases, principalmente del espíritu, puesto que me ha dicho que también me ama por mi talento. ¡Oh! Y lo hago bien: hablo, relato, procuro hacer frases ingeniosas y exponer pensamientos de novedad. Ella podría contestarme, porque tiene, cuando menos, tanto ingenio como yo; pero no, prefiere escucharme. Parece verdaderamente que bebe mis palabras, y en sus ojos leo yo su deseo, que jamás se verá satisfecho, de apurar la copa de la felicidad.

Me adorno y embellezco también para ella, y ella se encarga de esa tarea, para que de ese modo aumente el suplicio. Todos los días un peinado que ella discurre y que hace lentamente, dando muchas peinadas para que los dedos acaricien mis cabellos. Peinados de otra época, de la Edad Media, del siglo XVIII, con todas sus modas extrañas. De Duquesa me convierto en reina; de reina, en emperatriz; luego, de pronto, en simple burguesa ó en

campesina. Ayer me puso las tradicionales arracadas de oro y la cofia blanca rizada de las mujeres del pueblo de Boloña. Decía que de ese modo estaba encantadora, y para comerme. No permití que me comiese, aun cuando veía que se le pasaban muy buenas ganas de hacerlo.

Después del peinado, el vestirme, porque ha entrado en todas sus funciones de doncella mía. No he suprimido ninguna. Paga muy caro, cien mil francos todas las semanas, el gusto de vestirme y desnudarme. Lo hace tal vez demasiado despacio, cuando se trata de ponerme una falda ó de abrocharme el corsé. De activa que era al principio, se ha trocado en despaciosa y contemplativa. Tengo paciencia y me dejo contemplar; pero siempre lee en mis ojos este letrero que se ve en todos los museos: "No se permite tocar los objetos."

No he disminuído el trabajo, antes bien he aumentado á instancias suyas. Ahora permanece en mi cuartito de baño, en mi templo, mientras me baño. Allí está inmóvil, no ya detrás de mí como había hecho un día, sino á mis pies, al otro lado de la pila de mármol negro. Me mira fijamente, y sospecho que tiene el propósito de aprovecharse en la so-

ñolencia que causa el baño para dormirme del todo, tal vez para magnetizarme é imponerme su voluntad. Yo la desafío, porque su mirada no tiene poder sobre mí. Carece de autoridad; el esclavo no domina á su amo. Yo más bien podría imponerme á ella y dictarle órdenes. Pero ¿para qué, si, sin necesidad del hipnotismo, las cumple todas ciegamente? Hasta las adivina, como antes ó mejor que antes.

Después de alguna vacilación y de larga resistencia, he acabado por consentir también que vuelva á darme la sábaña y á secarme. Procuro, sin embargo, huir del tiempo tempestuoso, de la oscuridad, de la influencia de las flores y de los frascos de esencias, de todo aquello que al principio me adormecía, cuando no desconfiaba de ella. Hoy desconfío, y mucho. Si hace como que se duerme, como hizo cierto día, la despierto bruscamente con palabras duras. Una vez le pegué. ¿No me ha confesado que tuvo la osadía de pegar también al Barón de Virmeux? La pena del talión. Y como el Barón, tampoco ella murmuró: sometida, respetuosa, continuó enjugándose los hombros pacientemente.

Así han pasado estos dos meses, ni más ni menos. Pues bien, he vuelto á leer este exa-

men de conciencia, y ahora comprendo por qué vacilé tanto antes de hacerlo ¡Ah! ¡Qué bien hace una en escribir su historia día por día! ¡Cuánto mejor se da una cuenta de las faltas que ha cometido viéndolas así inscritas en el papel y todas juntas! El pensamiento procuraba atenuarlas, hacerlas muy pequeñas. La escritura les devuelve sus verdaderas proporciones. Aparecen con claridad, tal y como son, sin el disfraz que una les ponía. Sí, era el pretexto de una venganza; creyendo obedecer á su sentimiento, estaba cometiendo acciones villanas, indignas de mí. ¿No es vergonzoso aceptar el dinero de una cortesana, aunque sea para distribuirlo entre los pobres? Ese millón le pertenece, puesto que se lo habían dado. ¿Pensó el Duque acaso en volver á quitárselo? Ciertamente no. ¿Por qué se lo he quitado yo entonces?

Y cuanto á esa otra manera de vengar á mi marido, condenando á los mismos suplicios que él había sufrido, la repruebo, me avergüenzo de ella. ¡No me perdonaré jamás esa falta!... Sobre todo, no incurriré nuevamente en ella; mi venganza quedará inacabada. Haré más: devolveré á esa mujer, no sus títulos al portador y sus valores, puesto que ya

están vendidos y el producto de ellos ha sido repartido, pero le devolveré una suma igual á la que me ha entregado.

Bien. Pero hoy, después de todo este tiempo que ha pasado conmigo, de esa larga intimidad enervante que no ha hecho más que aumentar su locura, ¿cómo decidirla á marcharse? Porque no puede permanecer aquí, ¿no es verdad? Es imposible, es imposible. ¡Cuántos ruegos va á dirigirme! ¡Qué desesperación!... No quiero presenciaria... Tendré que encargar de despedirla á otra persona... Es demasiado duro; además, me buscará, me suplicará... Si le escribiese... No, no puedo comprometerme tanto... No tengo más que un medio: marcharme inmediatamente sin que ella lo sepa, sin decir adónde voy... ¿No descubrirá mi retiro?... ¿Qué hacer? Voy á reflexionar lejos de ella.